

misos parecía haber ligado anteriormente. El desgraciado Carnicer, (a) Pixola, autor de aquella proclama, fué de los que tuvieron la mala suerte de caer en poder de las tropas, y mandado conducir á Tarragona por el conde de España, aumentó allí la lúgubre galería de los ajusticiados, de que luego habrémos de hablar.

Veamos ya el efecto que produjo la presencia del rey en Cataluña.

A la voz del monarca, á su llamamiento y al ofrecimiento de indulto, expresados en la alocucion de 28 de setiembre, respondieron desde luego depouiendo las armas y acogándose á la clemencia del soberano no pocos grupos de sediciosos, algunos con sus jefes ó caudillos á la cabeza. Puesto por otra parte en movimiento con sus fuerzas el conde de España, y auxiliado en sus operaciones por las columnas que guiaban Carratalá, Munet y Manso, iba por todas partes arrollando sin gran dificultad las masas de voluntarios realistas que intentaban resistirle, y despues de ocho dias de fáciles triunfos en la montaña de Castellvit, Valls, Villafranca, Martorell y el Bruch, hallóse frente de Manresa, asiento de la Junta Suprema y foco principal de la insurreccion. Atemorizada la Junta con la aproximacion del conde, huyó cobardemente á esconderse en la montaña por la parte de Berga. Una comision del ayuntamiento se presentó al general, asegurándole que no quedaba en la ciudad

un solo hombre armado, en cuya confianza entró en ella el conde de España, acompañado de sus tres ayudantes, el marqués de la Lealtad, el conde de Mirasol y don Manuel La Sala. Dirigiéronse los cuatro á la iglesia del convento de Santo Domingo; despues de haber orado un corto espacio, antojóseles abrir una puerta que conducia al patio: ¡cuál seria su sorpresa al encontrar en él un batallon de realistas formado y descansando sobre las armas, y varios frailes contemplándolo apoyados en la barandilla de la escalera! «Ustedes, les dijo el conde con imponente acento, serán las primeras víctimas. Yo no podré contener á los batallones de la Guardia que vienen tras de mí, cuando vean que se los ha engañado, que aun hay quien tiene las armas en la mano contra la autoridad soberana del rey. ¡Estos desgraciados van á pagar culpas que no tienen!» Bajaron la cabeza los frailes, y se subieron silenciosos á sus celdas (8 de octubre, 1827.)

El marqués de la Lealtad corrió en busca de un batallon de la Guardia. El de realistas fué desarmado. Subió á las celdas el conde de España, donde recon vino en términos fuertes y duros á los religiosos. No quiso aceptar del ayuntamiento una comida que tenia preparada para obsequiarle, y mandó que se llevára á los presos de la cárcel. Alojáronse las tropas en las casas. De entre los prisioneros, el ex-individuo de la Junta don Magin Pallás, y algunos otros acrecieron

después el catálogo de las víctimas de Tarragona que habrá de desplegarse horrible á nuestros ojos.

Siguiendo sus operaciones el conde de España, emprendieron las tropas su marcha para Berga, donde se hallaba Bussons, (a) Jep dels Estany, con mil quinientos hombres, con los cuales rompió un vivo fuego contra sus perseguidores, pero cargando éstos á la bayoneta, fueron aquellos arrojados de la villa, dispersándose desordenadamente. Bussons logró salvarse con unos pocos; los demás se fueron presentando, ahorrándose con eso muchas lágrimas y mucha sangre. Continuando su victoriosa marcha las tropas, presentáronse delante de Vich. Una diputacion de la ciudad salió á ofrecer al conde su sumision, y un canónigo que iba en ella le manifestó llevaba encargo del prelado de hacerle presente que en su palacio le tenia preparado aposento y mesa para sí y para su Estado mayor. «Sírvase V. S. decir al señor obispo, »le contestó el de España con aparente dulzura, que »los capitanes generales del rey no hacen la primera »visita á nadie: que con lo que S. M. me dá tengo »bastante para mantenerme, y si algo me hace falta, »echaré mano de lo de mis ayudantes.» Y para hacer sentir con un acto de desprecio y de afrenta cierta mortificacion á un pueblo que de tál modo habia faltado á la lealtad debida á su soberano, dió orden de que las tropas entráran, no batiendo las cajas marcha española, sino el aire de la cancion vulgar llama-

da *Las habas verdes*. Hízose así, sufriendolo los habitantes de Vich tan mustios como iban alegres y buriones los soldados.

Recordará el lector la parte que el reverendo obispo de Vich habia tomado en excitar y fomentar la insurreccion. Pues bien, cuando este prelado pasó á visitar al conde de España á su alojamiento (13 de octubre, 1827), visita que el conde preparó de modo que la presenciára su Estado mayor, entablóse entre los dos personajes, despues del primer saludo, un interesante y curioso diálogo. Como el obispo espusiese que sentia no haber podido evitar los males que habian sobrevenido, replicóle el conde que no lo habria procurado mucho cuando en su casa se habian celebrado las juntas, y á un clérigo de su diócesi se habia nombrado vice-presidente de la de Manresa. Y despues de algunas consideraciones sobre los deberes de los prelados españoles para con su rey, «¿recuerda V. S. I., le dijo, lo que sucedió en el siglo XVI. »con el obispo de Zamora (aludiendo al obispo Acuña, »que fué ahorcado en Simancas)? Pues aquella escena »puede repetirse ahora, si el rey Católico lo manda.» —Buscando el prelado en su aturdimiento algun medio de sincerarse, replicóle el conde que habia faltado al rey, como vasallo, como autoridad, y como prelado de la Iglesia, denostándole y reprendiendo severamente su conducta. Salió el prelado silencioso y mohino; el conde le acompañó hasta el pié de la escale-

ra, donde le despidió besándole respetuosamente el anillo. En el parte al gobierno decía el de España: «Sirvase V. E. decir á S. M. que esto he hecho como capitán general del Principado, presidente de su real Audiencia; y que como católico, he acompañado á S. Illma. por la escalera, y le he besado la mano: pero no he reparado me echára su santa bendición (1).»

Vencida la insurrección en sus principales baluartes, pudo ya sin dificultad el conde de España perseguir y destruir los restos que de ella quedaban, destacando columnas á los diferentes puntos infestados aún por dispersas cuadrillas. El brigadier Manso ahuyentó los rebeldes de Olot, y los acosó por las asperezas de las montañas. Fugitivo Bussons, anduvo errante con su asistente por los más fragosos sitios de las de Berga. Por último, las gavillas del Ampurdán y comarcas limítrofes fueron arrojadas hasta la frontera de Francia, en corto número ya, porque las más se sometieron presentando sus armas y acogiéndose al indulto. Vilella, Rafi Vidal, Castan y otros jefes de bandas fueron de los presentados, dándose así por terminada militarmente la insurrección de los *agraviados*, ó *malcontents*, como ellos se decían, que á ha-

(1) De estos y otros curiosos incidentes y pormenores dá también noticia nuestro amigo don Antonio Pirala en el primer tomo de su reciente *Historia de la Guerra civil, y de los partidos*

*liberal y carlista*: cuyo escritor ha ilustrado este interesante episodio de la rebelión de Cataluña con curiosas noticias é importantes documentos.

ber estado mejor dirigida y organizada habria sido muy difícil de sofocar ó de vencer.

De propósito no hemos dicho nada todavía, reservándolo para este lugar, de la rebelión de Cervera, en atención á la singularidad del personaje, al parecer novelesco, que allí figuró más, y dió impulso y alma al movimiento. Era este personaje una bella y agraciada jóven, huérfana, hija de padres nobles y ricos, rica ella también de imaginación y de fanatismo político y religioso, ávida de grandes emociones y empresas. Llamábase Josefina Comerford; habia nacido en Tarifa en 1798; de tierna edad cuando perdió á sus padres; esmeradamente educada después en Irlanda al lado y cuidado de su tío el devoto conde de Briás; versada en las lenguas vivas; imbuida en un espíritu religioso exagerado, que avivaron las relaciones que adquirió en sus viajes por Alemania é Italia, y principalmente en Roma; conservando afición á España, su país natal, volvió á él, desembarcando en Cataluña, donde eligió por confesor suyo al padre Maraño, religioso de la orden de la Trapa, conocido por lo mismo por *El Trapense*, perseguidor y azote de los liberales, hasta el punto de ser reprobada su conducta por el mismo Fernando, que le destituyó del empleo de comandante general de la Rioja, mandándole volver á su convento. En íntima amistad Josefina con el padre Maraño, siguióle en sus escursiones, haciendo servicios al absolutismo, que la Regen-

cia realista de Urgel premió en 1823, agraciándola con el título de condesa de Sales.

Hallábase en 1825 en Manresa, cuando á petición del intendente de policía del Principado fué arrestada y conducida á Barcelona, donde se le dió la ciudad por cárcel, hasta diciembre del mismo año que se la puso en libertad. Cuando se preparaba la insurrección de Cataluña, so pretexto de haber declarado los doctores de la universidad de Cervera enérgicamente á una doncella que Josefina había dejado allí, obtuvo permiso y pasaporte del capitán general para trasladarse á aquella ciudad (mayo, 1827). A poco tiempo empezó á fomentar y dirigir la sublevación. Las reuniones se celebraban en su casa y bajo su presidencia <sup>(1)</sup>; dábanle el título de *general*, y merecíalo bien, á juzgar por su resuelto y varonil espíritu y por el aliento y ánimo que inspiraba á los demás. «Cuando falte un jefe, les decía, yo montaré á caballo con sable en la cintura, y me pondré á la cabeza de mis sublevados.» A su impulso, pues, se formó la junta; se acordó la insurrección, y picado el amor propio de los congregados al ver escitado su valor por una mujer, joven, bella y entusiasta, juraron pelear hasta vencer. El acta del levantamiento decía: «Convoca-

(1) Los que empezaron á reunirse fueron: el vice-cancelario Minguel; el presbítero Torrebadella; el padre Barri, dominicano; el padre rector de capuchinos; el reverendo Mosen Cristó-

bal Vila, párroco de Pradell; Mosen José Bernié; Crifé, encargado del catastro; el teniente coronel Jordana; el capitán Capdevila, y Fidel Palá.

»dos y congregados en la casa habitación de doña María Josefa Comerford, condesa de Sales, en los días 2 y 3 del corriente setiembre, y año de 1827, para tratar asuntos á favor de S. R. M. y Santa Religión, y contra todo sectario.... los individuos que componen la junta, etc. <sup>(1)</sup>» La misma heroína dió instrucciones á cada uno de los que habían de marchar á la cabeza de los sublevados. Así se hizo el alzamiento de Cervera, que tuvo el mismo término que los demás de Cataluña que dejamos referidos.

También se habían destacado algunas partidas para poner en movimiento los elementos con que contaban en Aragón, pero frustró sus planes el barón de Meer, encargado de la persecución y exterminio de aquellas. En Valencia hizo el general Longa el buen servicio de prevenir el conflicto con maña y astucia, comprometiendo á estar á su lado á los mismos que tenían proyectado levantarse. Pero la trama era tan general, que hasta en la misma provincia de Alava y á la legua y media de Vitoria se alzó con una partida don Asensio Lanzagarreta. Merced al celo y decisión de las autoridades de aquellas provincias, la gavilla de insurrectos, después de haberse corrido á Guipuzcua y Vizcaya, sucumbió en este último pun-

(1) Consta todo esto de la información del encargado del gobierno para averiguar las causas del levantamiento de Cataluña, y también de los documentos que se cogieron á la misma Josefina, cuando fué presa, como diremos después.

to, incluso el jefe Lanzagarreta, á manos de los realistas que se mantuvieron fieles.

Dada ya por segura la pacificación de Cataluña, dispuso Fernando (12 de octubre, 1827) que la reina su esposa se trasladara á Valencia, donde él iría á recibirla, con objeto de visitar después juntos algunas provincias y reanimar el espíritu de los pueblos. Hízolo así la modesta y virtuosa Amalia, sin que la molestáran en el viaje con ruidosos festejos, que así lo tenía muy recomendado Fernando, y era también lo que agradaba más al carácter de la reina. El rey por su parte salió oportunamente de Tarragona, y llegó á Valencia (30 de octubre, 1827) á tiempo de adelantarse á esperar y recibir á su augusta consorte, haciendo juntos su entrada en la ciudad al siguiente día, y ocupando el alojamiento que el general Longa les tenía á sus espensas preparado con admirable gusto y riqueza. Diez y ocho días permanecieron los reyes en la bella ciudad del Turia, recibiendo todo género de homenajes, ovaciones, agasajos y demostraciones de afecto y lealtad, no solo de parte de todas las clases y corporaciones de la capital, sino de los pueblos todos de aquella provincia y sus límites; que afluían ansiosos de besar la mano del monarca, ó de contemplarle y victorearle, y de participar de los festejos, espectáculos y regocijos públicos con que á porfía procuraban aquellos habitantes, al mismo tiempo que mostrar su entusiasmo por el monar-

ca, hacer agradable la estancia de sus augustos huéspedes.

Mas al tiempo que tan alegremente celebraba la reina del Guadalaviar la honra y la satisfacción de hospedar á sus soberanos, escenas de muy diferente índole se estaban representando en Tarragona, y llenando de estupor aquellos habitantes. En la mañana del 7 de noviembre (1827) retumbaron dos cañonazos en el castillo; inmediatamente se vió enarbolada una bandera negra: á poco rato aparecieron á la vista horrorizada del público dos cadáveres suspendidos de la horca..... Eran los del coronel don Juan Rafi Vidal, y del capitán graduado de teniente coronel don Alberto Olives, los que habían promovido la insurrección en el corregimiento de Tarragona, pero que habían depuesto las armas y entregádose á la indulgencia y á la generosidad del rey <sup>(1)</sup>. A los pocos días

(1) Conocen ya nuestros lectores cómo preparó y realizó Rafi Vidal el levantamiento de Reus y del corregimiento de Tarragona, cuando era ayudante de la subinspección de voluntarios realistas. Siguióle, á escitación suya y como su segundo, don Alberto Olives, hombre de buenos sentimientos, enemigo de los excesos, y aun de las exacciones, y no tuvo poco mérito de su parte el haber levantado alguna de las que había impuesto el mismo Vidal. Era Rafi Vidal un realista exaltado, que amaba de corazón á su rey, al cual creía extraviado por malos consejos. Valiente y enérgico en la guerra, cuando

el rey fué á Cataluña se le presentó en Vinaroz, y le espuso con ruda franqueza las quejas de los sublevados y sus propios sentimientos. No debió serle satisfactoria la contestación del rey, cuando Vidal le replicó con arrogancia: «Señor, aun tengo tropas y puedo mucho.—Pues marcha, le dijo el monarca, á ponerte á la cabeza de tus sublevados.» Y volvió la espalda á Vidal, negándose absolutamente á oír sus observaciones.

Rafi Vidal volvió á incorporarse á sus tropas y continuó la guerra, mas luego fué, como hemos visto, de los que depusieron las armas acogiéndose al indulto.

(18 de noviembre, 1827), tres cañonazos y una bandera negra anunciaron á la primera hora de la mañana otras ejecuciones; y no tardaron en aparecer tres cadáveres colgados de la horca. Eran éstos los del teniente coronel don Joaquin Laguardia, don Miguel Bericart, de Tortosa, y don Magin Pallás, de Manresa. Siguieron á estos suplicios, con el mismo misterioso y lúgubre aparato, los de Rafael Bosch y Ballester, teniente coronel sin calificación, jefe de los sublevados de Mataró y Gerona, de Jacinto Abrés, el Carnicer (a) Píxola, uno de los mas decididos y valientes caudillos de la insurrección, y de Jaime Vives y José Rebuté (1).

Fueron aquellos suplicios mirados con general repugnancia y horror, no porque se estrañara ver empleado todo el rigor de la justicia contra los jefes de

Libre y pacíficamente andaba por Tarragona, cuando un dia se vió arrestado en ocasion de estar jugando al billar. Asombró á todos su prision. El conde de Mirasol instruyó su proceso por mandato y con arreglo á instrucciones dadas por el conde de España, el cual á su vez decia obrar en cumplimiento de las órdenes del rey. Atribuyéronlo otros á empeño del ministro de Gracia y Justicia, por suponer que poseía el procesado importantes secretos. Es lo cierto que Vidal fué ejecutado con el mayor sigilo, y que al tiempo de morir, despues de haber arreglado con calma sus negocios, hizo importantes revelaciones en el seno de la confianza, que no

quiso se escribieran, prefiriendo morir á dejar consignado lo que acaso le habria salvado la vida. Ya tenia cubierto el rostro para recibir la muerte, cuando una persona le dijo: *Vidal, aun es tiempo. — Hasta la eternidad,* contestó. Y una descarga puso fin á sus dias. Sentido fué de todos, y de nadie esperado el suplicio de Rafi Vidal.

(1) Salvó la vida, ocultándose en un convento de Monjas, el célebre Padre Puñal, franciscano, que armado de piés á cabeza, con un crucifijo pendiente entre dos pistolas, proclamando la Inquisición, era de los que más habian figurado en las bandas de Jep dels Estanys.

los insurrectos, aunque á algunos parecia garantizarlos el haberse acogido voluntariamente á la munificencia del rey, sino principalmente por la forma con que se los revestia. Por desgracia más adelante habrémos de ver cuán de la afición del conde de España se hicieron estas ejecuciones sangrientas, estas escenas horribles, estas formas inquisitoriales y bárbaras, practicadas, no ya con los que se habian rebelado y empleado las armas contra su rey, sino con los mismos que le habian ayudado á vencer la rebelion.

Arrestada fué tambien por el conde de Mirasol (18 de noviembre, 1827) la célebre Josefina Comerford, á quien se halló en la casa de don Guillermo de Roquebruna, dignidad de hospitalero en la catedral de Tarragona. Sabida y evidente era la parte que habia tomado en el levantamiento; halláronse en su poder documentos que lo acreditaban, apuntes de la correspondencia que seguia en Francia, Italia y Alemania, y en las provincias españolas; libros de guerra; una lista de mujeres célebres, y recetas para objetos, propios unos de guerrero, propios otros de mujer, y de mujer no virtuosa. Sus respuestas á las declaraciones que se le tomaron y cargos que se le hicieron, cuya relacion hemos visto, fueron, acaso muy estudiadamente, incoherentes y vagas. Gracias pudo dar á que, atendidos su sexo y su clase, se la sentenciara á ser trasladada y recluida en un convento de